

¿Cómo empezar de nuevo... Esta vez con todos?

**Ómar Álvarez quiere ser agrónomo**

@elponchojimenez

Son las siete y media de la mañana, y hace sólo algunos minutos un bus de servicio público partió de la ciudad de Manizales con destino a la vereda Quiebra de naranjal en Chinchiná Caldas, a 11 kilómetros de la cabecera municipal. Es sábado y Ómar Álvarez, un hombre de 63 años, que va vestido con camisa blanca a rayas y pantalón gastado, pasa desapercibido entre los 30 pasajeros; sentado en la fila de atrás, se sume entre el silencio y el sueño que en ocasiones parece vencer el deseo de una vejez más digna.

Lleva más de 14 horas sin dormir. La noche anterior, mientras la mayoría de las personas se arropaban con una cobija en la comodidad de su habitación, alistándose para dormir, él metía periódico en sus botas de caucho para calentarse.

No le bastaba la chaqueta gruesa de esquimal que traía puesta, ni la ruana que llevaba encima, ni el pasamontañas que cubría toda su cabeza dejando a la vista sólo sus ojos color miel; el machete en un estuche amarrado a su cintura no lograba dar la pelea al frío de la noche que estaba calando los huesos.

-¡Don Ómar! No se quede dormido- le dice Mariana, su compañera de silla, mientras lo estruja con el codo desconociendo lo incomprendible. El Vive 100 que se tomó momentos antes de partir no hace efecto. Entonces abre sus ojos y sonríe, y las arrugas de su rostro parecen pronunciarse más.

Ómar Álvarez se capacita cada fin de semana en la Fundación Manuel Mejía, una institución educativa auspiciada por la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, que desde 1960 adelanta procesos de formación agrícola con las diversas poblaciones del país.

Cuando habla del hecho se siente orgulloso, sus ojos brillan más de lo normal y sus manos surcadas tiemblan; revela un discurso, difícil de entender para cualquiera que no tenga la

paciencia de escuchar una voz cansada, opacado a veces por la vergüenza producida por un oficio “temporal”: –¡qué tal que me vieran en estas fachas!-, es lo que dice mientras alista el silbato que va marcar el inicio del recorrido esta noche.

Cuenta que se volvió vigilante porque Jorge, un amigo, lo recomendó a la Junta de Acción Comunal y hubo empatía. Eduardo, su predecesor, no hacía mucho que había muerto después de siete años de servicio.

Recuerda, incluso, una ocasión en la que John Jairo, presidente de la Junta y vecino del lugar, quiso remplazarlo por un familiar; –¡ese viejo tenía la lápida pegada al culo!- aclara Ómar mientras los recuerdos lo enervan y se derrama en un verbo que pretende justificar el derecho a ganar los 30 mil pesos que, cada fin de semana, algunas familias del sector Los Pinos, en el barrio La Enea, le pagan.

Los Pinos se conforman por sólo siete manzanas y un corto número de calles que podría ser advertido por cualquiera que, sin visitar alguna vez el lugar, lo observara desde lejos; pero con el paso de las horas lo que en un primer momento se siente como el recorrido de unos cuantos metros se va convirtiendo en una labor titánica de kilómetros; el cansancio aparece acompañado por el dolor en las articulaciones amplificado por el frío nocturno de esta región del país, más para los que ya no son tan jóvenes.

Es viernes por la tarde, Ómar gira la perilla del televisor de la sala tratando de sintonizar algún canal, en unas cuantas horas empezará la jornada laboral y su hermana Carmen, que nunca se casó, le insiste para que coma “alguito”, lo que quedó del almuerzo, y no se valla a trabajar con hambre.

Y es que también vive en La Enea, a unas cuantas cuadras de su trabajo, en la casa que hace más de 24 años, todavía vivo, compró su padre; –eran buenos tiempos- pronuncia mientras la melancolía lo absorbe y el fin es próximo para su madre de 91 años.

Son las 11 de la noche, las calles están vacías, y por primera vez en todo la marcha Ómar se atreve a hacer una pausa para descansar. Sentado en una banca, hecha de troncos, nota una

sombra extraña que aparece en la distancia y que se acerca de manera pausada; el ambiente huele a tensión y el miedo se disuelve en la seguridad que ofrece su machete; el rostro ansioso pregunta por Julio, el jíbaro del lugar, y sin encontrar una respuesta satisfactoria se va por donde llega.

Ómar asegura que los dos años que lleva trabajando en el lugar le han servido para comprender como funciona la cosa en el sector; confiesa que esas sombras son más comunes de lo que cualquiera podría pensar, que frecuentan el sector preguntando por droga o por putas y que a veces presionan y asustan, pero que jamás van a superar la sombra de Maria Gladis que después de 40 años lo sigue acompañando.

### **La sombra de Maria Gladis**

-Era una trigueñita... mmmmmm- lo dice mientras junta todos los dedos de su mano derecha y se los lleva a los labios, como si de nuevo el sabor de ese cuerpo visitara su boca. Tenía 18 años cuando conoció con ella el rostro del amor; trabajaba como Inspector de policía en Restrepo, una población ubicada en la codillera occidental del Valle del Cauca, puesto que ocupó a cuenta de un favor político.

Pero el infortunio lo abordó un sábado del mes de mayo cuando la silueta de esa mujer divina casi lo conduce a la tragedia; entre la cólera y el llanto recuerda como esa mañana, después de 17 meses de un matrimonio que tenía como testigos a su amor y a Dios, terminó opacada por la desgracia de la traición.

De su cabeza nunca salió la imagen del cuerpo desnudo de Maria Gladis tomado sobre un bulto de cemento por Ramiro, su amigo de toda la vida, en un salón de la escuela de Restrepo; que por falta de fondos estatales, después de más de tres años en construcción, todavía se encontraba en obra negra.

-¡Pude haberlo matado ahí mismo!- impugnando que Ramiro tenía fama de cuchillero en el pueblo y que de manera sencilla hubiera podido argumentar que lo había hecho en defensa

propia, respaldado en la autoridad que por aquellos días lo acogía; pero ya con la uña en el gatillo sintió un airecito que le hizo guardar medida.

Ómar continúa su recorrido y ya a más sereno, asegura que por esa mujer lo dejó todo. Incluso después de regresar con su familia a Cali, cuando la desgracia había “pasado”, de nada sirvió que su padre hubiera puesto todo el empeño para sacarlo adelante; sumido en la depresión ignoró que gracias él hubiera podido terminar una tecnología en Administración Agrícola; el rencor pudo más que la razón y después de un semestre de estudios en el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) prefirió a la incertidumbre que a la certeza y partió en busca de suerte.

Y la soledad lo condenó a vagar sin sentido durante muchos años. Pasó por Popayán y llegó hasta San Juan de Pasto; lavó platos, cuidó carros, fue el pastor de una Iglesia Cristiana, e incluso un día, sumergido en la selva indómita de este país, tuvo que recibir el alborar raspando coca en el campamento de la comandante Mirella.

### **La comandante Mirella**

Era las once de la noche de un viernes del mes de octubre y el ambiente se surcaba por la bruma tensa. La Payita, un reconocido bar situado al suroeste en el departamento del Putumayo, se veía asaltado por la presencia de un grupo de doce uniformados que mezclaban su atuendo con botas de pantaneras; las luces se apagaron y la música en el establecimiento dejaba de sonar, Ómar Álvarez se encontraba a punto de palpar en carne propia el drama que han vivido miles de compatriotas en los últimos 50 años: iba a ser secuestrado.

El recorrido concluyó a las 6 de la mañana del día siguiente. Dos civiles, que apenas recordaba haber visto la noche anterior, también habían tenido que acompañarlo. Un campamento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), conformado por unos 40 hombres, surgía de entre la jungla, y la voz de Mirella, única mujer del lugar, les daba la bienvenida al que sería su nuevo hogar por tiempo indefinido.

Mientras alza el brazo izquierdo y saluda a un vecino que esta noche llega tarde a casa, narra cómo, durante un mes, aprendió a convivir con la selva que algunos colombianos sólo conocen por medio de la televisión; cómo siendo “raspachín” más a fuerza que otra cosa, contribuyó de manera directa al negocio multimillonario de la droga en el mundo y cómo, en cuestión de gastronomía, supo que la carne de mico sabía dulce.

Una mañana, por motivos que todavía siguen siendo un misterio hasta para el mismo, la comandante Mirella dio la orden para que sus camaradas lo acompañaran a la libertad. De los otros dos compañeros de cautiverio nunca se volvió a saber.

La noticia fue nacional y durante un mes el mundo no supo el paradero de Ómar Álvarez. Cuando regresó del encierro, ya fuera por amenazas de la propia Mirella o por simple confusión, no sintió ánimo para hablar del tema; a los arduos interrogatorios de la Policía Nacional respondió con indiferencia, dejó que su caso cayera en el olvido y que su historia nunca fuera contada; hasta el día de hoy.

-¡De que me gradúo, me gradúo!- dice Ómar en tono desafiante. Se vanagloria de argumentar que, después de tantos años sin recibir clase en la academia, en sólo año y medio se vaya a convertir en el agrónomo que nunca pudo ser.

El bus de servicio público que partió de la ciudad de Manizales con destino a la vereda Quebra de Naranjal en Chinchiná Caldas, a 11 kilómetros de la cabecera municipal, con 30 pasajeros, frena de manera inesperada; la voz de un hombre resalta. -¡Compañeros!, acabo de recibir una llamada del profesor y dice que hoy no hay clase; que no puede venir, que es mejor que nos devolvamos-; y mientras algunos pasajeros se regocijan en la alegría de un sábado libre, Omar respira profundo y agacha la cabeza irradiando una tristeza que, como su presencia, también pasa desapercibida.

De nuevo en Manizales, Ómar Álvarez se despide. Aborda un taxi que, de manera rápida, lo conduce a su casa. Abre la puerta y en un silencio petrificante se va directo a la cama.